

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 3 DE ABRIL DE 1921

NÚM. 19.396

CUENTISTAS
ESPAÑOLES

LOS INSEPARABLES

POR ALFONSO
HERNÁNDEZ CATÁ

No hubo jamás cuerpo más apegado a su sombra que Juan, el vagabundo, a su perro. En el pueblecito se contó, durante muchos años, la manera casi prodigiosa que Juan y su perro habían tenido de reunir sus dos existencias; pero como Juan era servicial y nunca entraba en sembrado alguno, ni dejaba de quitarse la gorra cuando se cruzaba con los señores, y como su perro, además de llevar al mercado las cestas de algunas criadas, aguantaba la persecución de los pilluelos, sin siquiera mostrarles los dientes, el pueblo los prohió, y con las sobras de sus mejores casas se atendía a la manutención de aquellos dos seres rebacios al trabajo. No era raro ver a Juan sentado en una cuneta esquilando a su can o meliciándole con plantas; algunos aseguraban haberles visto en el verano, durante el sopor de las siestas, dormir en los pajares, abrazados, lo mismo que si fueran dos perros o dos bombres. En realidad, el perro era el más inteligente: comprendía antes, y hasta sus ladridos parecían más expresivos que el masculleo tortuoso de su amo, cuya mirada opaca delataba una de esas mentes brumosas, siempre en somnolencia. Todas las mañanas de días festivos, Juan entraba en misa mayor, y el perro le aguardaba a la puerta; algunas veces desaparecían días y días sin que nadie supiese dónde; cuando regresaban, por todo el pueblo extendíase un júbilo tranquilo y burión, y las gentes se detenían en las calles para decirse: «Juan y su perro han vuelto, ¿sabe usted?», y sonreían lo mismo que si hubiesen recobrado un objeto perdido, de esos que no sirven para nada, pero que molesta perder.

En el tumulto de los primeros días de la guerra, nadie reparó en ellos. Juan había sido declarado inepto para el servicio militar, y plantado en la plaza, en aquella postura habitual en que ambos parecían complementarse—él, con las piernas abiertas, y el perro, hecho un caracol, entre ellas—, vieron partir los contingentes hacia la frontera. Los primeros días, las músicas militares y el tráfago comunicaron a la vida un ritmo marcial; luego, el pueblo quedó casi solo; en las calles, antes tan ruidosas, la vida se había amortiguado, y por las tardes, las muchachas, siempre vestidas de obscuro, iban a esperar el coche que traía los periódicos de la capital. Las noticias, al comienzo, inciertas, se precisaban: las cosas iban mal..., muy mal... La nación había sido cogida de improviso, y el enemigo, en una marcha segura y terrible, desbordaba ya las fronteras y avanzaba, formando una greca de fuego, hacia el corazón del país. En los cafés, algunos viejos discutían a grandes voces, con las caras apopléticas inclinadas hacia el mapa; y los domingos, cuando después del introito, el padre elevaba su voz viril, invocaba el favor de Dios y cantaba, esperanzas en

futuras victorias, por bajo del estruendo de sus frases corría cobardemente un sollozo, y la multitud se encogía, se prosternaba con los ojos muy fijos en la santa, de suave mirar, que resplandecía en el altar rodeada de luces.

Y una tarde estremeció al pueblo la

presencia el acuerdo. Cuando bajó los escalones de la Casa Consistorial, la muchedumbre, agolpada a la puerta, se abrió para dejarle un camino, por donde él se alejó, asegurando que era criminal ir entregando el país de aquel modo. Según él, las tropas, en vez de aban-

una milicia que pelearía hasta lo último junto a sus soldados; pero el militar exhibió la orden recibida, aseguró que se acercaban al pueblo más de 10.000 hombres y que era estéril resistir. Juan y su perro veían estos sucesos desde una de las bocacalles, y sin duda ambos se esforzaban por desentrañar el sentido y prever las consecuencias; ninguno de los dos comprendía bien. Entre lágrimas y tímidos gritos hostiles, la tropa se retiró, llevándose todo cuanto podía ser útil, y antes de las veinticuatro horas entraron los primeros enemigos, que se albergaron en los mejores edificios y aprisionaron en seguida, en rehenes, para garantizar la entrega de sus exigencias de víveres, formuladas con plazo perentorio, a cuantos notables habían asistido a la reunión de la víspera. Como el pueblo no mostró animadversión, en los bandos que se fijaron en seguida, y que la gente leía con una tristeza abotargada, se ofrecía respetar vidas y haciendas en caso de que la población mantuviese su actitud benévola.

A los cinco días se habían requisado todas las bestias de las cercanías, y en el pueblo se comenzaron a sentir las privaciones. Al primer estu- por había sucedido una cólera profunda, subterránea. ¡Se habían dejado engañar! Los que ocupaban el pueblo eran 2.000 hombres apenas, sin duda muy separados del grueso de su ejército, pues que sus estafetas tardaban más de treinta horas en ir y regresar. ¿No hubiese sido mejor resistir? ¿No hubiese sido hasta fácil batir a aquellos 2.000 enemigos y dar al país, con el primer triunfo, el punto de apoyo moral para intentar otras empresas? La cólera del pueblo se transformaba en veneración cada vez que el señor Bernad salía a la calle y marchaba rígido, apoyado en su recio bastón de cerezo, con la mirada baja para no tener que cruzarla con la de ningún invasor. Como siempre, la ansiosa esperanza del pueblo concentrábase en un solo hombre; con esa imprudencia magnífica de los niños y de los ancianos, el señor Bernad respondía a la admiración de los suyos sin recatarse, y por milagro, o por la muelle confianza engendrada por la acogida, las autoridades enemigas no reparaban en sus manejos. Una mañana, en plena plaza, como se comentase el aislamiento de las fuerzas enemigas, el señor Bernad interpelló a quienes aseguraban tener pruebas de ello:

—¿Están ustedes seguros de lo que dicen?

—¡Vaya! Pasaban unos soldados y cambiaron de conversación; pero luego siguieron hablando con sigilo, y, al separarse, dándose una de esas sacudidas de brazo que equivalen a un pacto, se dijeron:

—Hasta la noche, pues.

—A las ocho.

La conferencia debió ser delicada, por que para celebrarla, los tres subieron al desván, después de cerciorarse minuciosamente de que no podían ser sorpren-

LOS TIPOS ESPAÑOLES QUE SE ACABAN



UN SANTERO DE LA SIERRA DE CÓRDOBA

noticia de que, por orden superior, y ante contingentes enormes de enemigos que se avecinaban, las tropas iban a abandonarlo y replegarse unas cuantas leguas más lejos, hacia posiciones fortificadas y fáciles de socorrer. En el Ayuntamiento se celebró una reunión de notables y se decidió no oponer resistencia tenaz al invasor, a fin de no resucitar represalias; sólo un anciano, seco, de hermoso perfil ario, abogó por la lucha y salió del salón sin querer autorizar con su

donar el pueblo, debían defenderlo, quemarlo, si era preciso, mas no cejar, y cejar ante el invasor sin, por lo menos, disputarle la victoria. Explicaba todo esto con ademanes vivos, rotundos; algunos hombres empezaron a darle en voz alta la razón y las mujeres lo vitorearon. ¡Si el señor Bernad fuera alcalde, otra cosa sería! Y animado por el populacho, el señor Bernad detuvo al coronel, que se dirigía a la plaza, y le exhortó a resistir en el pueblo, brindándole formar

cidos. El señor Bernad ideó un plan sencillo, en el cual, más que a disminuir los riesgos, tendió a aumentar las posibilidades de comunicar a las tropas replegadas la verdadera situación y número del enemigo. La solución, después de haberla pensado en vano horas y horas, habíasele ocurrido, de pronto, aquella misma mañana, al ver pasar a Juan y a su perro. Ahora bien; el eje de la cuestión estaba en convencer a Juan, y eso era lo que había que intentar.

Al otro día, antes de caer la tarde, entraron en casa del señor Bernad Juan y su perro. La escena fué larga; a todas las exhortaciones respondían la misma mirada borrosa, la boca entreabierta y el colear intranquilo del can. Más de una vez el señor Bernad sintió desmayo y tuvo ganas de renunciar; pero el patriotismo volvía a erguirse, y nuevos tanteos, nuevas elocuencias seguían. Al fin, por no dejar sin emplear ningún recurso, decidió ordenar escuetamente a Juan, y al punto la lógica de este procedimiento se le hizo clara. Juan estaba desde la infancia acostumbrado a obedecer; Juan lo respetaba... Había que aprovechar en bien de la patria ese influjo, y había también que elogiar al perro, a su ídolo, para estimularle. Con voz cortante, acercándose mucho a él, le preguntó:

—Tengo que encargarte una cosa muy difícil. ¿La harás?

—Sí, señor; sí...

—A ver primero... ¿Tú serías capaz de salir del pueblo como si fueras hacia el lado que permiten y dar luego un gran rodeo e irte al fuerte de Tarbè o a Lujón?

—Eso, sí.

—Pero al salir registran.

—Sí, señor.

—Y preguntan también, ¿no es verdad?

—A mí me conocen y me registran sólo.

—Bien. Entonces, puedes salir hoy mismo...; pero te has de ir sin el perro.

—¡Ah! Eso sí que no... ¡No quiero, no puedo separarme de él!

—Es preciso. El perro se queda aquí, y mañana por la noche le suelto para que vaya a buscarle... ¿Te encontrará?

—Hasta en el fin del mundo.

—Bien... y cuando el perro llegue, dentro de una oreja, bien disimulada, llevará una cajita del mismo color de la piel, y dentro, un papel que entregarás al jefe del fuerte de mi parte... Luego pondremos tu nombre a una calle... y te regalaré un collar para el perro.

—¿Un collar de plata?... ¿De plata?

Todavía hablaron largo rato. El anciano repetía las cosas, esforzándose en el tono, yendo de la súplica casi a la amenaza. Luego ató al perro, le puso un bozal y dió varias monedas a Juan, empujándole hacia la calle, mientras le decía:

—Ea, calma, calma; no le beses más... El es muy inteligente y te sabrá encontrar. Si ven que lloras...

Y Juan salió, y los buenos patriotas vivieron hasta el día después, en lo que supieron a salvo, uno de esos días de zozobra en que cada minuto tiene su valor, su emoción. A la noche siguiente se soltó al perro, y otra vez la intranquilidad volvió a marcar el ritmo de las almas. ¿Llegaría el can, guiado por su instinto y por el cariño a su dueño? La duda duró hasta la madrugada... El plan había fracasado. Se ignoraban detalles; pero el perro había sido cogido y descubierto el mensaje. La mano de hierro no tardó en crisparse sobre el pueblo, y pregoneros militares anunciaron que de no presentarse el dueño del can se tomarían represalias severas. El señor Bernad quiso presentarse en seguida; pero sus amigos le disuadieron. ¿Qué necesidad de comprometerse? ¿No llegaría a conocimiento de las autoridades, apenas investigaran, que el perro era de Juan? Sin duda, el vagabundo no volvería, y a los invasores les era imposible adivinar todo el nudo de

la intriga... Mas no fué así; sirviéndose del mismo perro, que aún rastreaba a su amo, llegaron a la casa del señor Bernad, y como éste no tenía hábito de distinguir su letra, identificaron el mensaje. El revuelo que movió en el pueblo la prisión del anciano fué tal, que las autoridades militares decidieron conservarle con vida para servirle de él como rehén en caso de peligro. Por más que le compelió a que dijese la verdad, ni ruegos ni amenazas le alejaron de su silencio estoico. Desde la ventana de su calabozo veía en el patio del cuartel al perro, amarrado a una anilla, y a los soldados enemigos echarle las sobras del rancho. Pasaron días; ya el pueblo había vuelto a caer en el marasmo, cuando una mañana apareció Juan en la plaza. ¿Cómo pudo entrar? Su instinto había logrado por dos veces la casi imposibilidad de burlar la vigilancia. ¿Qué no hubiera hecho él por su perro! Harto de esperar allí, volvió a buscarle, y para ello habíase impuesto las fatigas de un largo camino y el constante riesgo de morir de un balazo. Al través de los andrajos veíanse sus carnes atezadas, y la barba rubia ensortijábasele sobre el rostro casi infan-

til. Algunos, al cruzarse con él, le advertían tímidamente, en voz queda:

—Han cogido a tu perro... Huye.

Pero él respondía con vehemencia:

—¿En dónde está? ¿En dónde está?

Y así llegó al cuartel y no fueron precisas argucias para que declarase. ¡Todo con tal de que le dejaran juntarse con su perro! Cuando entró en el patio se abalanzó con transporte a él, y ambos permanecieron largo rato abrazados mutuamente, fijas las miradas, húmedas de ternura... Mientras tanto, el Consejo sumarísimo deliberaba en el primer piso, y un oficialito muy joven, de femenina apostura, exigía:

—Hay que hacer un escarmiento; si nos andamos con blanduras, tendremos que arreperirnos más tarde.

Poco después sacaron a Juan y al señor Bernad del cuartel, y a toque de tambores, a la vista del pueblo, que miraba de lejos la escena, los fusilaron contra una tapia. Como al volver de la ejecución el perro llenaba el vasto patio con sus aullidos, un soldado se acercó a él y le handió profundamente la cabeza de un tajo.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

IMPRESIONES DE UN LECTOR

«La Humanidad insumisa»

MI ilustre amigo D. Rafael Gasset ha publicado un libro, *La Humanidad insumisa*, en el cual vierte su visión de hombre público ante el problema social. Está escrita esa obra con un método severo e inspirada en generosa intención. Dedica la primera parte a juzgar la Revolución rusa como núcleo de las universales inquietudes que han seguido a la guerra. El análisis del zarismo está hecho con sincera justicia. «Como siempre que cae un régimen—dice—, sus representantes y valedores perdieron toda comunicación con la realidad.» En cuanto al juicio que forma sobre Kerensky, me parece algo apasionado, sobre todo en lo referente a la peligrosa indisciplina del general Kornilof, en la cual había, ciertamente, más que una sombra de *bonapartismo ruso*. El ejemplo histórico de Francia era demasiado palpitante para que se le pudiera desatender. Creo, como Chessin, que el extremismo ruso vino por la exacerbación natural de la fiebre revolucionaria. Recordemos que también la Revolución francesa pasó por etapas equivalentes, y sería injusto culpar de la dictadura jacobina al Ministerio girondino de 1792.

El Sr. Gasset dedica luego una sinistrea descripción al dominio bolcheviquista en Rusia. Yo creo que no hemos alcanzado todavía aquella plenitud de pruebas y datos que nos permita juzgar como historiadores esa dictadura revolucionaria. Rusia, como la Francia de 1793, ha estado en guerra con el resto del mundo y con gran parte de sus propios conacionales. Ha sido la nación proterva, excomulgada, proscrita. Y contra ella se ha esgrimido esa inevitable arma de guerra: la calumnia, la exageración. No intento ahora atenuar las culpas de la dictadura maximalista, a las cuales consagré, en otras columnas, un artículo, después que el informe presencial de Fernando de los Ríos me permitió apoyar mi juicio en aquella visión directa, inteligentísima y serena. Mi opinión, como la del señor de los Ríos, es que debemos distinguir entre el hecho histórico de la Revolución rusa, formidablemente trascendental, y el desarrollo circunstancial y anecdótico de aquella fuerza sobre un pueblo sumido en un atraso

de siglos por el egoísmo de un régimen que fué la primera víctima de esa propia barbarie. El Sr. Gasset es un liberal probado; y su amor a la democracia no obsta para que, como todo demócrata, reconozca la filiación de su espíritu respecto al hecho histórico global de la Revolución francesa; aunque para él, como para mí, el espectáculo del Terror de 1793 hubiera sido repugnante y odioso.

Pero el autor se inclina, de todos modos, ante la pureza inicial del impulso cuyas actuaciones combate:

«Ideología—dice—, claro es que la hay; ideas de justicia, de igualdad en la aplicación del trabajo de toda la Humanidad, cada cual en proporción a sus fuerzas físicas o su vigor intelectual. Acaso sea inasequible; mas no nos engañemos: constituye una sublime poesía de la política, y nadie que dedique alguna meditación a estas materias podrá sorprenderse de que gane el corazón de los proletariados. Ni de que, en muchos casos, ello se efectúe inspirando fe tan ciega que arrastre a la muerte con los estoicismos del mártir... Hay en esa gran revolución, contra los asertos de escritores sectarios, más base científica para la construcción de una sociedad socialista que en ningún otro movimiento revolucionario.»

Acaso, en esa parte, la obra adolezca de cierta parquedad de citas documentales. Carlos Kautsky es el que le ha suministrado más argumentos contra la desvirtuación del puro principio socialista en manos de Lenin. Pero Henderson, también citado muchas veces, no puede ser considerado como voz magistral para enjuiciar a Rusia; y todavía menos Scheidemann, culpable, en Alemania, de mucho más graves atentados contra la doctrina que afirmaba profesar. Scheidemann, durante la guerra, fué un cesarista incondicional.

La última parte del libro, la afirmativa y constituyente, es la mejor. Empieza con una aseveración que destruye un tópico vulgar: «En asuntos atañados a reformas sociales, y contra lo que muchos entienden, España es pueblo atrasadísimo... Nadie muestra su oposición a un reformismo societario. Pero es en

tanto que no se hace otra cosa sino hablar de él.» Y el Sr. Gasset expone detenidamente su plan de reformas sociales. Claro está que, desde mi punto de vista, no puedo aceptar esa reducción del problema a sus aspectos exclusivamente materiales. Así como el hombre no vive sólo de pan, tampoco la emancipación del proletariado consiste en la satisfacción plena de las tres grandes necesidades económicas: alimento, abrigo y habitación. El problema es, en el fondo, espiritual; se trata de la incorporación del Cuarto Estado en el dominio común, en la soberanía, en la *cracia*, que no será democracia hasta que ello se haya conseguido. Hay, pues, en la cuestión un aspecto político que no se debe desconocer. Así, la huelga política puede ser, muchas veces, un gran impulsor de progreso y cultura. Recuérdese las huelgas políticas de Bruselas y Budapest en favor del sufragio universal; recuérdese, sobre todo, que el valor del socialismo como freno que impida las guerras de Estado es un trascendental factor político.

El Sr. Gasset es un partidario fervoroso de las reformas preventivas; un enemigo de ese criterio represivo, de esa idea de resistencia, la cual—dice—«en los palacios suele ser la más grata».

En la Sociedad de las Naciones ve el Sr. Gasset una promesa de fecundos resultados por la paz y en pro de una legislación internacional obrerista. Y en este punto sí que debo señalar mi disconformidad, insistiendo sobre juicios que ya he formulado en otras ocasiones. Participo de los recelos de Bujarin respecto a la Sociedad de las Naciones; la cual me ha parecido también, como a él, germen de una *Santa Alianza* contra el proletariado. En cuanto a su virtualidad para evitar la guerra, fío mucho más en la solidaridad internacional de los trabajadores.

Hasta ahora hemos visto formarse el embrión de una Liga de Estados, no de una Sociedad de Pueblos; y es inevitable que los Estados tiendan a establecer entre sí una alianza mutua para la perpetuación del régimen social presente, con mayores o menores atenuaciones. Los Estados, por razón misma de su nombre y naturaleza, son *estáticos*, inmovilistas, conservativos; son la expresión de unos intereses sociales oligárquicos. En cambio, los Pueblos son valores vivos, dinámicos, en continua evolución.

Una Liga de Estados, mucho más si consiguiese amorrar las guerras internacionales, podrá convertirse, ciertamente, en «guardia blanca internacional contra el proletariado».

Pero, sobre todo, desgraciadamente, ¡cuán lejos está la posibilidad de que, según la noble ilusión del Sr. Gasset, sea España en la Sociedad de Naciones el «portaestandarte de aquellas normas internacionales que atenden la fermentación de cóleras sociales!»

No quiero pasar en silencio una perspicaz afirmación del Sr. Gasset en las páginas finales de su libro: «Las soluciones de la democracia cristiana, brindando intervención de caritativo espíritu, más dificultan que auxilian. El problema tiene bases de sustentación donde no figuran, ni pueden figurar, los siempre nobles estímulos de la caridad. Es problema esencialmente jurídico; por eso transforma la ley y opera mudanzas sociales.»

En suma, el libro del Sr. Gasset es el de un político que percibe claramente la aproximación sonora del porvenir. Los reparos que yo pueda ponerle nacen de nuestra diversa filiación política; porque me siento cada día más adscrito al socialismo integral y al concepto espiritualista (no ya limitadamente económico) de esa fuerza, en la cual veo el germen de la nueva conciencia humana.

Gabriel ALÓMAR

ALREDEDOR DE LAS LETRAS

LOS LIBROS DE UNA PÁGINA



Página de Cartilla para fijar la atención de los niños distraídos

La carencia y carestía del papel harán que volvamos a producir libros más pequeños.

Va a ser una pena para los mudos locuaces que escriben; pero acaso se pondrán así más ideas en circulación.

Por lo demás, los libros pequeños han sido y son



La «Cartinha» de Juan de Barros, según la edición de Evon de 1785

precisamente los que más han influido e influyen en los destinos humanos. El *Dhammapada*, budista; el *Manual de Epicteto*, cualquiera de los cuatro *Evangelios*, o el mismo *Apocalipsis*—que, sin ánimo de abusar del público ni de engañar a las gentes, no pueden constituir más que un folleto—, como los *Ejercicios espirituales*, el *Catecismo* de Ripalda, el *Discurso sobre el método* y el *Almanaque del buen Ricardo*, en todo el mundo han dejado una influencia inextinguible.

Más como la médula y esencia de esos libros—llamémosles así contra lo que previene la legislación corriente—cabe en catorce o dieciséis líneas fundamentales (el *Sermón de la montaña*, por ejemplo), es posible también que haya libros más pequeños todavía; libros de dos páginas, como libros de una.

Desde luego, libros de una página lo fueron la mayor parte de las veces los decretos y las leyes de los reyes asirios, los emperadores de la India y señores de Egipto, grabados en estelas de piedra o en las rocas de las montañas.

Las *Tablas de la Ley*, recibidas de Dios mismo por Moisés en la cumbre del Sinaí, fueron un libro de piedra, de dos páginas, que contenía los diez mandamientos, y que el gran legislador hebreo, al arrojarlo al suelo en un acceso de ira, ante la idolatría del pueblo, hizo polvo por el sexto y décimo precepto de un modo más lamentable y sin arreglo que en los demás.

Análogamente, el tiempo, más destructor que la ira de un santísimo varón burlado por los hombres, destruyó las famosas *Doce Tablas* donde el pueblo romano creyó consignar de una manera permanente su primer cuerpo legal.

En la época de la Revolución Francesa, los grabados populares ofrecieron a las gentes *La declaración de los derechos del hombre*, como en dos tablas de piedra, recordando el código sinaítico. Y de la misma manera se difundió la letra de *La Marsellesa*.

Libros de dos páginas son, generalmente, los pliegos de cordel, donde se conservan los elementos más permanentes de los libros de caballerías y las leyendas populares de un modo estilizado y esquemático.

Libros son, aunque no lo parezcan, las bolsitas pentagonales que se ponen a los niños en la faja, y que, aun llamándolas *Evangelios*, no contienen casi nunca más que el primer capítulo de San Juan, diminutamente impreso, sin notas; polvo de mirra, una hojita de ruda, uña de la gran bestia y otras cosillas de buena sombra. Los *Anitos* o libros de aniteria que a modo de amuletos llevan los tagalos para preservarse de las enfermedades y hasta de la muerte en los combates, son también de un tamaño pequeñísimo.

Pero ningún libro tan curioso, sobre todo entre los libros de una sola página, como la famosa *Cartilla* de nuestras escuelas, que antes de ser un cuadernillo de ocho hojas, como la conocemos hoy, al idearla en los comienzos del siglo XVI el celebrado historiador portugués D. Juan de Barros, fué sencillamente una lámina suelta.

Es un libro raro, interesante y curioso, cuya primera edición de 1589 no creo que se conserve, y que conocemos gracias a la reproducción que a fines del siglo XVIII hicieron los cartujos de Evora.

Hasta entonces predominaba en las escuelas, para la enseñanza primaria, el célebre *Catón*—que ahora se enseña después de la *Cartilla*—, haciendo deletrear a los niños las ciento setenta y cuatro máximas en exámetros, que un compilador del auténtico Dionisio Catón dispuso para el efecto, y cuyo éxito en la Roma antigua durante tanto tiempo, hizo que se adaptara luego a todos los romances de Europa. Así se reprodujo muy pronto; pero no hubo una buena edición hasta 1501, por obra de Diego de Linares.

En la enseñanza más superior, el primer libro era el *Donato*, gramática de Elio Donato, preceptor de San Jerónimo.

La *Cartinha*, libro popular también, si no se escribió para enseñar a un Santo Padre de la Iglesia, se es-

travagante *Cartilla racional y objetiva para aprender a leer sin necesidad de maestro*, de un curioso señor de Lebrija, que debajo de cada letra ponía: a, esta letra se llama a; b, esta letra se llama be; y así hasta la z, donde decía: z, esta letra se llama ceta, y no ceda, como dicen los chicos de los pueblos inmediatos.

Hay muchos libros de una sola página además de la *Cartilla*; la cartilla de prueba de los ópticos, por ejemplo, y todos esos carteles tan bien intencionados como deplorablemente absurdos, contra la tuberculosis, el alcoholismo, el tabaco y el despilfarro económico; pero, real y verdaderamente, deben catalogarse entre los carteles.

Las famosas *cajas republicanas*, que desde 1870 a 1876 ponían en las cajas de cerillas al alcance de las gentes los evangelios de la democracia, eran también como unos libros de una sola página.

Una *Cartilla-cartel*, de una sola página, concebida y ejecutada con arte, lograría a poco costa un éxito extraordinario y proporcionaría incalculables beneficios.

Los chinos, para no molestar a las personas piadosas, ocupadas en sus menesteres, y hacer que los analfabetos y los mudos puedan dirigir sus rezos a los dioses, han ideado unos tambores giratorios, que girando al impulso de una mano elevan así una oración al cielo. Estos aparatos, que antes estaban en las calles y en los campos, ahora se adaptan con facilidad a las máquinas de coser y de escribir, trabajando y orando al mismo tiempo todas las gentes del ex Celeste Imperio.

Tanta originalidad no cabe para remediar nuestras molestias; pero creo que podían confeccionarse cartillas de dulce y que los bandos y demás disposiciones municipales podrían suministrarse a las gentes, para



Santa Ana enseñando a la Virgen.—Cuadro de Murillo (Museo del Prado)

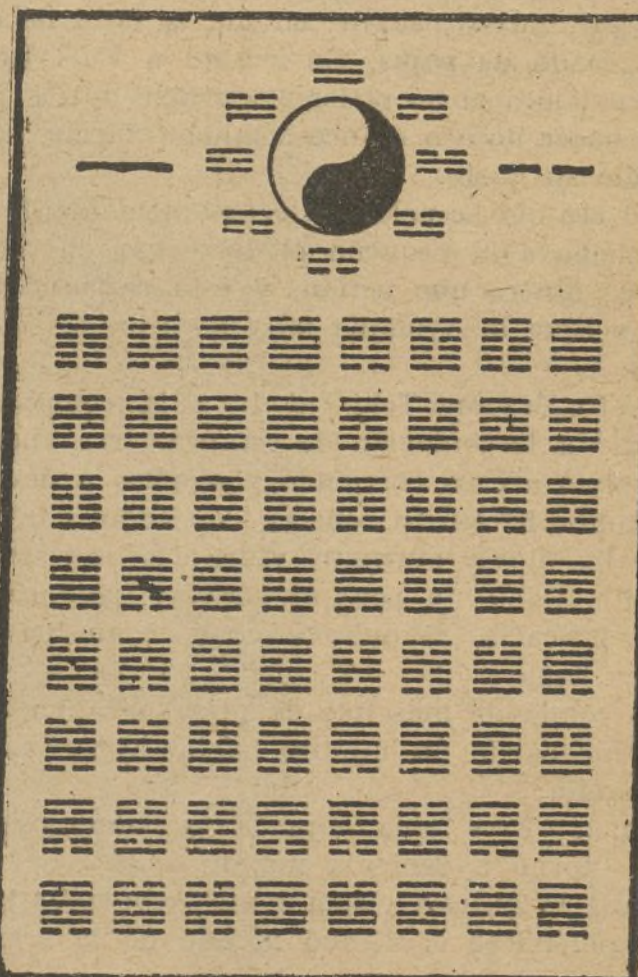
cribió igualmente con muy altos propósitos y elevados designios, trazándose para la instrucción del infante D. Felipe, hijo de D. Juan III de Portugal. Y es curioso ver cómo Juan de Barros, anticipándose al intuicionismo pedagógico de nuestros días, despliega en esa reducida obra una habilidad tan extraordinaria en el suministro a los niños de incitaciones para el desarrollo de los futuros destinos de un pueblo marítimo y conquistador, sin caer en el error de ofrecerles abstracciones superiores a su comprensión.

El método de Barros, resucitado en estos instantes, se ha mejorado ofreciendo a la infancia esas cartillas artísticas, que tienen para los padres la ventaja de ser lavables, por estar impresas en tela, y la de poder aprovecharse para remiendos en caso de apuro.

Si Juan de Barros, el celebrado historiador portugués que inspiró con sus *Décadas* al gran poeta Camoens *Las Lusíadas*, no desdeñó el escribir una obra como la *Cartinha*, entre nosotros, el más celebrado comediógrafo, Carlos Arniches, no desdeñó tampoco trazar su curiosa *Cartilla y cuaderno de lectura*, donde, por cierto, aprendió D. Alfonso XIII las primeras letras y las primeras noticias del reinado de su padre.

La *Cartilla* de Carlos Arniches es posible que no haya tenido la fortuna de cualquiera de sus obras teatrales; pero está tan agotada como la primera de Juan de Barros, y quién sabe si unos frailes de cualquier sitio dentro de dos siglos la exhumarán del olvido.

Es verdad que también ha sido agotada aquella ex-



El «Yih-King», o «Libro de las Transformaciones».—Libro sagrado de la China y el más antiguo de una página. Es una Cartilla y una Enciclopedia en una pieza

mayor conocimiento y aceptación por las mismas, en tamaño pequeño y en forma de cigarrillos, como aquellos cuentos en cajetilla que un original ingenio puso en circulación hace años entre nosotros.

Pero con un poco de tabaco, desde luego.

Rafael URBANO

UN CUENTO CHINO



ALLÁ, lejos, en China nada menos, vivían dos hermanas, que se llamaban Flor de Melocotón y Flor de Albaricoque. Las dos eran muy menuditas, con los ojillos negros, el cabello reluciente, la piel amarilla como el arroz a la valenciana y los pies microscópicos se parecían de un modo asombroso; pero esto era natural, puesto que eran chinas, y todos los chinos se parecen entre sí.

Flor de Melocotón y Flor de Albaricoque vivían en una casita de papel rosa, rodeada por un jardín lleno de flores blancas y azules, que parecían de papel también, y de árboles tan chiquitines que no levantaban tres palmos del suelo.

Debo advertiros que si algún día vais a China y preguntáis por ellas, no se os ocurra llamarlas Flor de Melocotón, ni Flor de Albaricoque, porque nadie os sabría dar razón de ellas. Por tales nombres no se las conocía. La mayor era tan holgazana, que todo el mundo la llamaba Li-Gandula-Ki. En cuanto a la otra, hasta tal punto la dominaba la pasión de comer, que la llamaban en todas partes Fu-Tragona-Tchi.

A pesar de su casita de papel rosa y de sus pies microscópicos, y a pesar de vivir en China, las dos hermanas se consideraban muy desgraciadas; y era que andaban escasas de dinero. Esto que a vosotros y a mí nos suele afligir porque no podemos comprar tantos juguetes y vestidos como quisiéramos, a ellas las desesperaba por otros motivos. A Li-Gandula-Ki, porque en lugar de pasarse el tiempo durmiendo tenía que barrer, fregar, guisar; suplir, en fin, la falta de criadas en la casita de papel. En cuanto a Fu-Tragona-Tchi, la tenía loca el no poder comprarse dulces a espuertas y hacer doce o quince comidas diarias, según hubiera sido su gusto.

Y lo peor era que se peleaban constantemente; la mayor reprochaba a la pequeña el derrochar en comilonas el poco dinero que tenían, y ésta recriminaba a la mayor porque la ayudaba muy poco en las faenas de la casa.

Un día, Fu-Tragona-Tchi, al ir a la compra, no supo resistir a la tentación de comprar tres enormes sandías; volvió a casa corriendo y se puso a devorarlas. Li-Gandula-Ki estaba echada, roncando; abrió penosamente los ojos y murmuró entre dos bostezos:

—¡Aaaaah!... Dame un poco de sandía... ¡aaaaah!...

—Ven a buscarla, si quieres—contestó su hermana con la boca llena.

Y siguió comiendo más que de prisa para no dejar nada. En menos de un minuto había despachado la primera sandía.

—¡Aaaaah!... Eres una egoísta y una golosa... ¡Aaaaah!...—tornó a decir la mayor.

—Y tú una holgazana y una tonta—respondió la pequeña, engulléndose el último bocado de la segunda sandía.

Y en el momento en que se disponía a partir la tercera, ésta se abrió sola y de ella salió un gnomo del tamaño de un dedo meñique, que llevaba unos bigotes que le colgaban hasta la cintura y una trenza más larga que toda su persona. El enanito dió un salto muy gracioso, se plantó en medio de la habitación y dijo:

—Me llamo Hong-Hung-Hing; vivo sobre el tejado de esta casa, lo cual me obliga a oír constantemente vuestras riñas; ya me estáis fastidiando con tanto pelearos. Hoy he resuelto visitaros para hablar seriamente y acabar de una vez con la vida imposible que me es-

táis dando. Para ello me he metido en una de las sandías que había de comprar Fu-Tragona-Tchi. Aquí estoy. Decidme lo que necesitáis para ser dichosa y dejarme a mí en paz.

Aunque la oferta careciese un tanto de cortesía y de amenidad, las dos chinitas no dudaron un momento en aprovecharse. Tampoco vacilaron respecto a lo que desearan pedir.

—Yo—dijo Li-Gandula-Ki—, no trabajar.

—Y yo—dijo a su vez Fu-Tragona-Tchi—, comer siempre.

—Perfectamente—dijo Hong-Hung-Hing, sin manifestar la menor sorpresa.

Entonces se arrancó tres pelos de los bigotes y se los dió a la mayor, diciendo:

—Cuando tengas algo que hacer no tendrás que tomarte otra molestia sino la de soplar sobre estos tres preciosos pelos de mi augusto bigote.

Luego se arrancó tres pelos de la trenza y se los dió a la menor, diciendo:

—Cuando quieras comer lo que sea, te bastará para ello con soplar sobre estos tres inestimables pelos de mi divina trenza.

Al terminar estas palabras, se metió en la sandía y ésta desapareció en el acto.

Como podéis suponer, a las dos hermanas les faltó tiempo para poner a prueba las palabras del gnomo.

Li-Gandula-Ki, viendo en su traje un enorme siete, que tenía ya varias lunas de existencia, y por el suelo de la habitación una carga de pelusa, sopló sobre los tres pelos, y al momento su traje se encontró cosido y la habitación barrida como por mano de santo.

En cuanto a Fu-Tragona-Tchi, sintiendo un hambre irresistible, y recordando que llevaba ya cerca de veinte minutos sin probar bocado, se apresuró a soplar también, y en el acto apareció ante ella una apetitosa fuente de nidos de golondrinas en salsa mayonesa.



Ni que decir tiene que desde entonces la mayor no volvió a moverse del almohadón donde se pasaba los días durmiendo. De vez en cuando—y aun no sin refunfuñar un poco—se tomaba la molestia de soplar para que las cosas de la casa se hiciesen y los alimentos llegasen hasta su boca.

Asimismo, Fu-Tragona-Tchi no volvió a apartarse ni un momento de la mesa, siempre cubierta de manjares abundantes y de golosinas de todas clases. Apenas descansaba después de cada comida el tiempo necesario para pensar y disponer el «menu» de la comida siguiente.

Pero un día, Fu-Tragona-Tchi, que, además de ser tan golosa, era bastante presumida, se acordó de mirarse al espejo. Lanzó entonces un grito agudo; durante el tiempo que llevaba comiendo sin parar había engordado de tal manera, que parecía una bola; en su cara, redonda como la luna, casi no se veían ya sus negros ojillos de ratón; en una palabra, estaba enorme y horrible. Al oír el grito y los lamentos de su hermana, Li-Gandula-Ki intentó ir a ver lo que le pasaba; pero entonces advirtió que sus miembros, anquilosados por la inmovilidad prolongada, se negaban a servirla: no podía moverse, y, desesperada, empezó a gritar y llorar también.

Al ruido, un vecino suyo, llamado Tsin-Tsin, acudió a toda prisa. Tsin-Tsin era calvo como una bola de billar chino; la vista de su cráneo, sonrosado y reluciente, evocó invenciblemente en la imaginación de Fu-Tragona-Tchi la idea de cierto plato de su predilección; casi sin pensar lo que hacía, sacó los tres pelillos, sopló, y ¡zas! El pobre Tsin-Tsin quedó convertido en un apetitoso cochinillo asado, según había apetecido la hambroña chinita.

—¿Qué has hecho?—exclamó Li-Gandula-Ki, llena de asombro y de indignación—. ¿Supongo que no te irás a comer a nuestro vecino?

—¡Ay de mí!—sollozó Fu-Tragona-Tchi, recobrando súbitamente el sentimiento de la enormidad que acababa de cometer—. ¡Es que tampoco podemos devolver a Tsin-Tsin en esta forma a su mujer y a sus catorce hijos!

Y empezaron a echarse una a otra la culpa de lo que les ocurría. Cuando estuvieron hartas de pelearse, sin que esto les produjese, naturalmente, el menor resultado satisfactorio, exclamaron a una:

—La culpa de todo la tiene el gnomo Hong-Hung-Hing. ¿Quién le mandaba meterse en lo que no le importaba y hacernos dones tan extravagantes?

—Quizás él nos sacase del apuro—añadió la mayor—, pero, ¿qué sabemos por dónde andará ni cómo le podríamos hacer venir?

—Voy a ir a la plaza a comprar tres sandías; acaso venga en alguna de ellas, cómo la otra vez—dijo la pequeña.

Así lo hizo. La primera sandía estaba vacía, y Fu-Tragona-Tchi no pensó siquiera, ¡oh, milagro!, en catarla; en la segunda, tampoco venía el gnomo; a pesar de su desilusión, la chinita no resistió a la tentación de pegarle un bocadito; al ir a cortar la tercera, se abrió sola, y Hong-Hung-Hing saltó de ella.

—¿Qué queréis?—preguntó.

—Ante todo, queremos que devuelvas a Tsin-Tsin su forma natural.

El enanito sopló ligeramente sobre el cochinillo asado, y éste voló como una pluma por la ventana, no sin que Fu-Tragona-Tchi le siguiera con cierta mirada de odicia. Al llegar al jardín, el cochinillo volvió a ser el buen Tsin-Tsin, que se marchó tranquilamente a su casa a reunirse con su mujer y sus catorce hijos, sin darse cuenta siquiera de lo cerca que había estado de servir de almuerzo a su vecina.

Entonces, Li-Gandula-Ki dijo al gnomo:

—Y ahora, haz que pueda moverme como antes, y toma en cambio los tres preciosos pelos de tu augusto bigote; ya no los quiero para nada.

—Y a mí—dijo Fu-Tragona-Tchi—, hazme ser de nuevo esbelta y bonita, y toma en cambio los tres inestimables pelos de tu divina trenza; ya no me hacen falta.

Hong-Hung-Hing tuvo una sonrisa maliciosa. Cogió los seis pelillos, sopló—él todo lo arreglaba soplando—, y en el acto Li-Gandula-Ki dió un salto, ligera cual una garza, mientras Fu-Tragona-Tchi se tornaba lo que había sido antes: una chinita muy mona.

—Ya sabía yo—dijo el gnomo— que acabaríais por ser razonables y por comprender que no se debe ni se puede vivir sin trabajar, y que no hay que vivir para comer, sino comer para vivir.

Dicho esto, sopló por última vez y desapareció como por encanto.

Desde aquel día, Li-Gandula-Ki se dedicó a las faenas de la casa con una actividad que le hacía estar siempre alegre y cantando; y Fu-Tragona-Tchi se volvió tan sobria, que en su vida tuvo siquiera una mala indigestión.

Tanto fué así, que, de no ser por la costumbre adquirida, la gente hubiera dejado de ponerles motes tan feos, y hubiera acabado por llamarlas Flor de Melocotón y Flor de Albaricoque, que son nombres preciosos.

No volvieron a incomodar con sus peleas al gnomo Hong-Hung-Hing, y la calma y la dicha renacieron definitivamente en la casita de papel rosa.

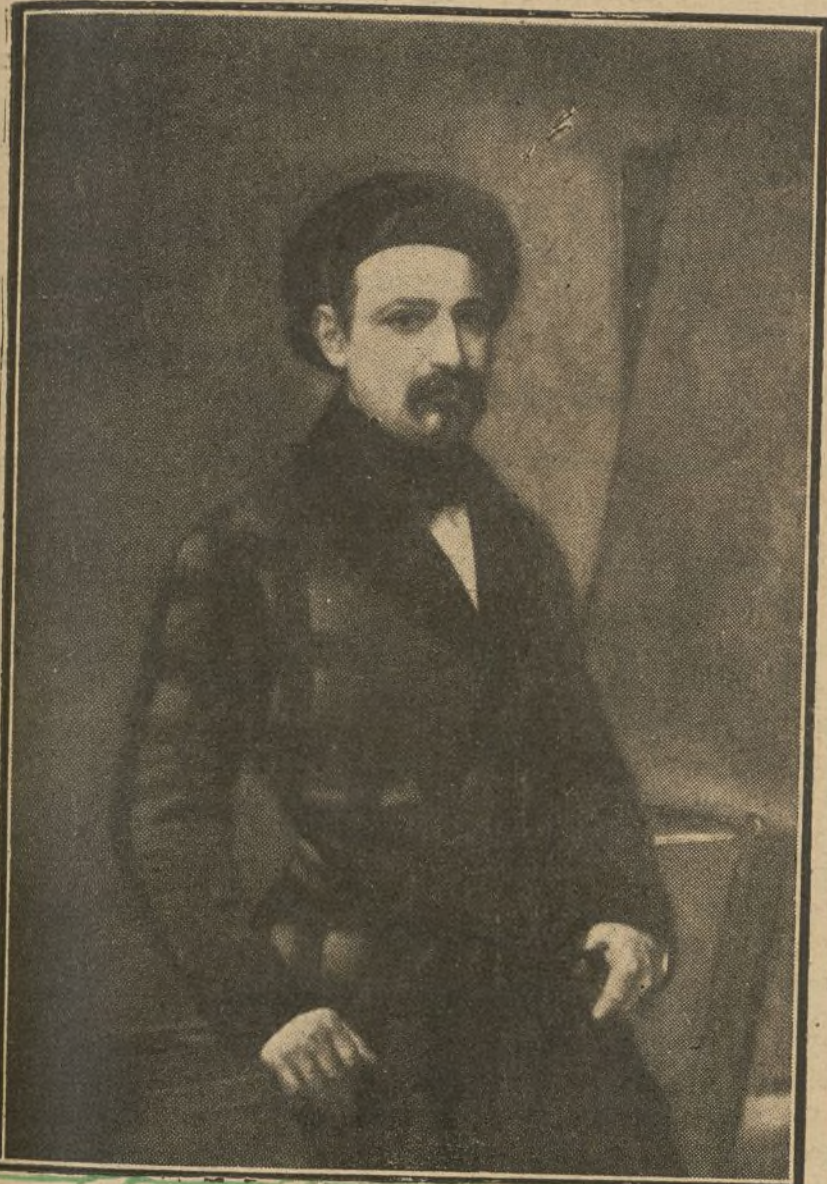
EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.





UN GRAN PINTOR DEL SIGLO XIX JOAQUÍN ESPALTER

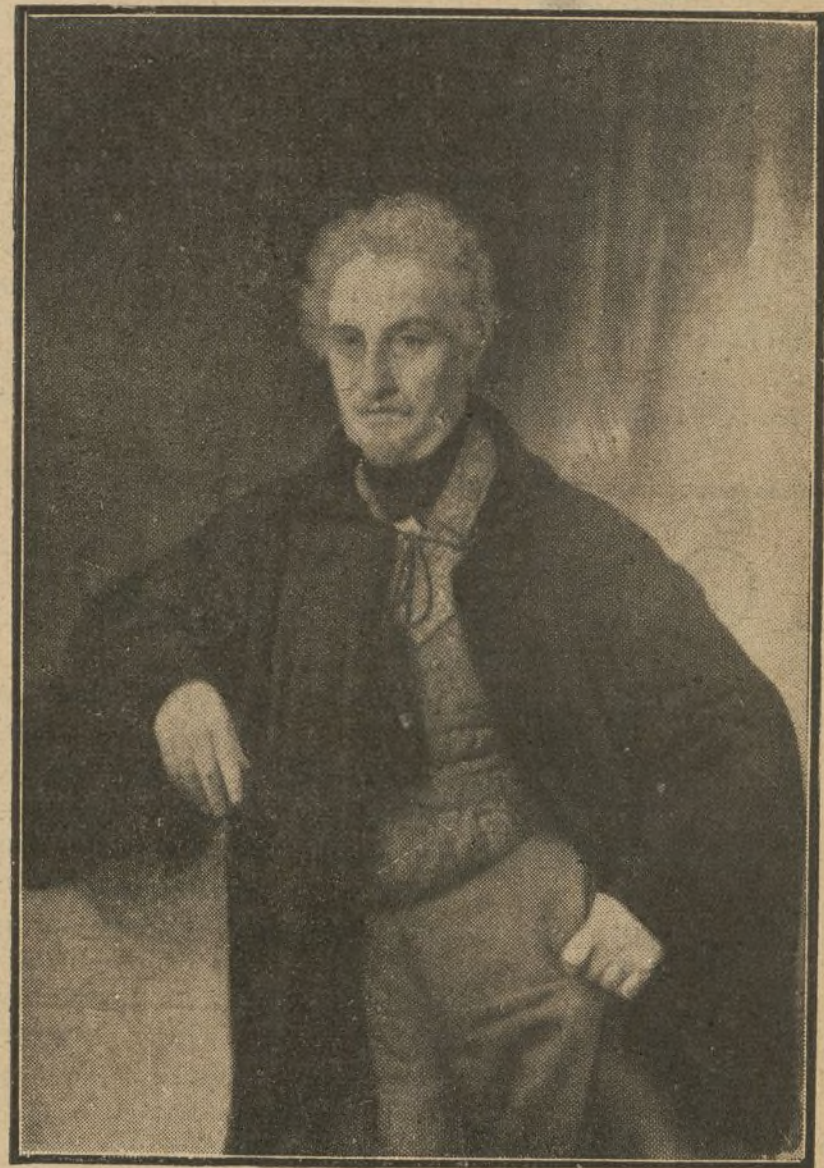


AUTORRETRATO DE ESPALTER

para él el cristianismo había sido una necesidad de tiempo más que un profundo convencimiento; tal vez para Espalter el ímpetu romántico fué un obligado impulso más que una real y pura expresión de su espíritu.

Y es pareja la situación del artista catalán a la de aquellos que tan sólo viven para su íntima y aislada satisfacción, porque con méritos tan definidos como los más elevados pintores de su tiempo, por excesiva modestia y recatado modo de ser, prefirió esperar la justicia y el lauro de la posteridad a obtener nombradía por rastreras intrigas o mendigando aplausos por criticable proceder.

Siendo muy niño, estudió Joaquín Espalter en la Casa Lonja de su ciudad natal, y ya con base para lograr una perfecta comprensión de toda idea estética, pasó a París, en donde amoldó sus entusiasmos a las enseñanzas del Barón Gross. Encauzado su arte por un derrotero de sincera y franca interpretación, fué luego a Italia en busca de las emociones que pudiera sugerirle todo el pomposo Renacimiento, y fijando en Roma su residencia, en ella se dió a perfeccionar su educación artística, analizando en valiosísimas copias la técnica y clasicismo de cada maestro. Por aquel tiempo salen también de su taller los lienzos *Tobías*, *El Tránsito de Moisés*, *El Infierno del Dante* y *Melancolía*, que muestran al ilustre artista como maestro en composición y colorido, dueño ya de personales temas y procedimientos. Temperamento poco dado a estancamientos y ama-



RETRATO DE UN CABALLERO ITALIANO

A modo de esos hombres de condición humilde, desahogados de toda vanidad y dedicados de continuo al estudio, de cuya labor se nutren luego valores menos positivos, es en el arte pictórico la figura de Joaquín Espalter, nacido en la villa de Sitges el 30 de noviembre de 1809 y muerto en Madrid en 3 de enero de 1880.

Entre las dos fechas de nacimiento y muerte quedan comprendidos toda la evolución que iniciara el genio de Goya y todo el romanticismo que Espalter recogió cuando el exaltado principio hallábase en su mayor auge. Espalter aprendió de qué modo los continuadores del sublime sordo nacido en Fuendetodos llevaban a cabo un esfuerzo renovador, un tanto indaptable por entonces, y cómo la reacción, después, aportaba al arte un neoclasicismo, primero, y luego un romántico desbordamiento, tal vez un poco desahogado con temperamentos determinados, entre ellos el de Espalter, que acaso hubiese roto contra sancionadas tendencias de no haberse dejado vencer, en cierto modo, por la norma dominante de la época. De Chateaubriand se dijo que

nerados cánones, en busca de acicate nuevo para su arte, parte Espalter para Alemania, y allí encuentra motivos de inspiración que, plasmados en la tela, recorren luego los certámenes universales de Francia, Ita-

lia y Alemania. En la Exposición Universal de París de 1855 logran sus obras señalados triunfos. De entonces data el admirable lienzo de *La buenaventura*, que aquí se reproduce, de bellísimo asunto, de inimitable y

magistral simplicidad de técnica, lleno de vida y de alma; de entonces es también el espontáneo y sugestivo autorretrato que figura hoy, lo mismo que la obra anterior, en la nutrida Colección de López Barbadillo. Los cuadros presentados en el Liceo Artístico Matritense cautivan la atención de Doña Isabel II, y a partir de ese momento, por obra y gracia de su personal valer, goza Espalter del merecido rango en el mundo oficial y en el del arte. La Academia de San Fernando le recibe como individuo de mérito en 26 de marzo de 1843, y algún tiempo después es designado, en honor a sus relevantes dotes, profesor de Dibujo del Antiguo y Ropaje en la Escuela Superior de Pintura y Escultura, haciéndosele, por último, pintor de Cámara, para cuya distinción fué indicado con motivo de las bodas reales, celebradas el año 1846.

Poseía Espalter una



LA BUENAVENTURA.—UNO DE LOS MÁS ADMIRABLES LIENZOS DEL ARTISTA

Ayuntamiento de Madrid

extraña habilidad para llevar al lienzo estados y momentos del espíritu, y así fueron muy grandes su predicamento y nombradía como retratista de nota; por su elegancia, su simplicidad en la composición y su sobriedad para ensamblar elementos accesorios, los retratos que de sus manos salían tuvieron siempre definido y característico sello de buen gusto, que los diferenciaba por modo terminante de las obras de igual género de sus contemporáneos. Quedan como prueba de tal afirmación, entre otros, los trabajos dedicados a D. Buenaventura Carlos Aribau y a D. Pascual Madoz; los pintados para perpetuar la efígie de Doña Isabel II y los ejecutados por encargo de damas y próceres extranjeros residentes en España; obras entre las cuales merece incluirse como especial ejemplo el retrato que aquí reproducimos de D. Francisco Brocca, caballero italiano que vivía en Barcelona a la sazón y a quien unía con Espalter una íntima amistad.

Y no se reducen los empeños artísticos de Joaquín Espalter a trabajos de esta índole, los cuales por sí solos, sin embargo, habrían bastado a cimentar su nombre. Su facultad creadora se dilataba en amplios temas de decoración, y en ellos acrecentó su fama y por ellos se le tuvo — según castellarina frase — como *intérprete de poemas en los cuales centelleaban la ins-*

piración y la gloria. Las célebres y artísticas moradas de María Buschental y de los señores de Bárcenas fueron ornadas por la luminosa y vibrante paleta de Espalter, y en ellas, por diversos y antagónicos que fueran los asuntos, mostró el artista su riqueza de expresión y su dominio técnico.

Consagrado como pintor de definida personalidad y firme capacidad creadora, se le confirió la ornamentación de las salas de la Presidencia del Congreso de los Diputados, y el techo del Paraninfo de la Universidad Central, que por los días del reinado de Doña Isabel II abrió sus aulas a la enseñanza pública. Fue tan importante y tan digna de alabanza la empresa que llevó a cabo Espalter, que el propio Castelar entonó un himno en su alabanza, diciendo de él con su maravilloso verbo:

«Espalter es un verdadero artista. Se apasiona de su pensamiento con ese amor ideal sublime que sólo sienten las almas inundadas de celeste inspiración. Ama la belleza por la belleza en sí. Levanta por un esfuerzo prodigioso su genio a la contemplación de los eternos tipos, de donde a raudales desciende la vida del arte. Es un pintor platónico, idealista, soñador, que tiene, sin embargo, un entendimiento tan plástico, permitase la palabra, una fuerza creadora tan gran-

de, una pasión por la realidad tan intensa, que apenas ha cruzado una idea vaga, indecisa, por su mente, cuando la concreta, la aprisiona en las formas, la viste de los colores de la realidad y la arroja en el lienzo con la misma pureza que está en su monte irradiando inspiración y vida.» La frase laudatoria es tan sincera y justa como plena de entusiasmo y nobleza en este juicio del glorioso tribuno.

Avido de gustar cuanto fuera nueva sensación en arte, Joaquín Espalter dedicó su atención y actividad a distintos procedimientos artísticos, señalándose como ilustrador de relevante condición en una bellísima edición del *Quijote*, publicada en Barcelona el año 1862, y en la *Historia de Madrid*, del Sr. Amador de los Ríos, obras que le acreditaron como hombre de vasta cultura y meditado estudio. Tal producción, con la llevada a cabo en la revista *El Renacimiento*, le consagraron también como fácil dibujante de expresivo y seguro trazo.

Y con estos apuntes queda débilmente esbozada la personalidad de Espalter, al que la posteridad debe una reparación en concordancia con su fina y armónica sensibilidad.

C. PALENCIA TUBAU

Cuadros de la Colección LÓPEZ BARBADILLO.

LOS BANDIDOS

A las doce de la noche Natalia despertó con sobresalto. Desde la alcoba oíanse fuertes aldabonazos martillando la puerta de la calle. Su marido, cansado del trajín diario, dormía profundamente.

—¿Has oído?—dijo Natalia con temor, despertándose.

Agustín se incorporó, somnoliento.

—¿Quién será a estas horas?

—¡No abras, Agustín!—dijo la esposa, asustada—. ¡No abras! ¿Y si fuese Bastianillo?

—¡Vamos, mujer!—replicó el marido con un gesto de incredulidad.

—¿Quién sabe! No olvides que Bastianillo y Merlo andan por estas cercanías. Hace cuatro noches llamaron en casa de don Luis.

En esto, ya Agustín salía al portal y preguntó en voz alta:

—¿Quién es?

—¡Amo Agustín, abra usted; abra usted!—dijo una voz.

—¡Calla! Si es Ezequiel, el mozo—murmuró Agustín, franqueando la entrada.

Era a principios del invierno y hacía una noche horrible, de viento y lluvia. Ezequiel, al entrar, se quitó la manta, empapada en agua. Luego restregó las abarcas contra el empedrado piso de aquel amplio portal de casa de labor. Natalia, a medio vestir, salía con un candil en la mano.

—¡Mañás nuevas, amo Agustín!—dijo Ezequiel—. Pero no se asuste usted, ¡carambal!

—¿Qué? ¿Qué sucede, Ezequiel? ¿Hay alguien malo?

—¡Tal cual... A eso vengo. El amo Manuel, que desde que anochece está con un dolor.

—¡Jesús!—exclamó Natalia, abrazando a su marido.

Agustín, trémulo, preguntó con ansiedad:

—Pero, ¿es que se ha muerto? Dime la verdad, Ezequiel. ¿Se ha muerto mi padre?

—Que le digo a usted que no, amo Agustín. Sino que el ama ha preguntado al médico si era menester llamar a los hijos, y el médico, claro está, ha dicho que bueno. Yo, ya sabe usted: lo que me mandan, digo. He venido por la vereda de los pinos, que es el atajo. Si apareja la mula, en una hora se planta usted allá. Ahora, desde aquí voy a Melgarejo, pa decirselo al amo Quintín.

—¿Y por qué no avisaron antes?—preguntó Natalia.

—Porque los creíamos que era cosa de cólico.

Agustín estaba ya en la cuadra aparejando la mula. Ezequiel lióse otra vez la manta, dispuesto a marchar. Natalia, atribulada, dijo:

—¡Y con la noche que hace! ¿No has tenido novedad en el camino? ¿Se dice algo de Bastianillo y Merlo?

—¡Cá, no, señora!—respondió Ezequiel—. ¡Dios sabe cuántas leguas habrán corrido ya! La Guardia civil no da con ellos. Dicen que han pasado la raya de Portugal...

Después, bajando la voz, Natalia preguntó confidencialmente:

—¿Y qué! Se ha muerto, ¿verdad?

—Cuando yo salí de Portilla, no, señora. Estaba mu malo, eso sí. ¡Pobre amo Manuel!

Agustín, desde la cuadra, gritó:

—¡Natalia, prepárame el capote! Luego añadió, saliendo:—Iré por el atajo. Me da el corazón que se ha muerto. Anda, Ezequiel; vete a escape a Melgarejo. ¡Válgame Dios!

Partió el mozo, volvió Natalia con el capote, y Agustín dijo a su mujer:

—Tú, acuéstate. Mañana mandaré razón. Si tenemos desgracia, te vas en la horrica con la Juana.

—¿Cómo estarán esos caminos! Estoy intranquila por lo de tu padre y por si toparas con esos...

—¡Bah, tonta! Bastianillo es amigo. No te preocupes.

Triste celebridad la de Bastianillo y Merlo! Refugiados en la abrupta montaña que tocaba los límites de Melgarejo, Salitreño y Portilla, sabían burlar la persecución de la fuerza pública, que luchaba sin éxito, a pesar del enorme derroche de actividad. Hijos de la comarca, en donde tenían su cuartel general de operaciones, eran de todos conocidos. No alcanzaron éstos la nombradía de otros bandidos célebres, que la sugestión popular elevó a la categoría de héroes. Quizá algunos sintiesen cierta secreta simpatía por Bastianillo, atendida su juventud, sus irreprochables antecedentes y el suponersele hechizado y dominado por Merlo. Este era un hombre de cuarenta años, de borrascosa historia, odioso por la refinada perversidad de sus crímenes y temido por su audacia. Era fuerte y ágil, de innoble apostura, grosero, profundamente antipático. Bastianillo tenía veintitrés años.

Los dos eran parricidas y ladrones.

La voz popular decía que Merlo, después de asesinar a su padre, indujo a su camarada Bastianillo a cometer el mismo crimen con el autor de sus días. La mala vida de ambos, que debía acabar en la horca, comenzó en el juego. El padre de Bastianillo tenía fama de rico y de avaro. Merlo le azuzaba constantemente.

—Tú no eres hombre, ni ná. ¡Con las onzas que tu padre tiene escondidas en un agujero de la cuadra, te podía toser a ti nadie!... ¡Qué primo eres!

Sim apoco de cortijeros ni pastores, acorralados por la Guardia civil, la situación de los bandidos era desesperada. Aquella noche Bastianillo dijo a Merlo:

—Esto se tiene que acabar. Nos van a cazar como a conejos, si antes no nos morimos de hambre. He pensado una cosa.

—Habla—contestó Merlo, sombrío.

—Si hacemos cara los dos, nos matan. Si aceptas lo que propongo, puede salvarse uno. Echamos suertes, y al que le toque morir, se va por la parte de Portilla y la emprende a tiros. Los guardias se reconcentrarán por aquel lugar, y, en tanto, el otro pica soleta por el lado contrario, hacia la frontera.

—¿Quieres tú hacer cara?—dijo Merlo, sonriendo, irónico.

—Echemos suertes—replicó el joven.

—Bueno.

Bastianillo arrancó un trozo de corteza de pino. Después, tranquilamente, con su faca, cortó dos astillas desiguales.

—Saca una.

—¿Va de veras?—dijo Merlo con emoción—. ¡A ver! ¿No tienes más que dos?

Bastianillo, como si le hubiera picado una víbora, dió un salto, apretando el puño.

—¿Es que dudas de mí, ladrón? ¡Míralas! ¡Maldita sea la hora en que te conocí!

—Poco a poco. No nos vayamos a matar ahora nosotros. Es cosa seria—contestó Merlo, agarrando la carabina—. Cierra el puño, que voy a sacar. ¡Venga!

Estaban en el monte, refugiados bajo un techo de ramas en una choza de piedra. Había cesado la lluvia y el viento zumbaba entre los pinos. En aquel momento de suprema emoción, Bastianillo encendió luz y dijo:

—¡Salvado! Tienes la más corta.

—¡Calla!—rugió Merlo, dando un soplo a la cerilla—. No seas imprudente.

—¿Cumplirás lo convenido?

—¡Callate, criatura!—insistió su compañero, poniéndole sobre el hombro la pesada y callosa manaza—. ¿Me quieres engañar como a un chico? Seamos amigos, que es lo que te conviene.

—¡Cobarde!—rugió entonces Bastianillo, saliendo de la choza—. ¡Ven aquí, cobarde!

Pero al punto, apoyados en su pecho, le rozaron los cañones de la escopeta de Merlo.

—Me vas a obligar a que te asesine, chiquillo—le dijo con voz ronca.

Los dos bandidos quedaron silenciosos. Sus pupilas foforecían en la oscuridad como ojos de alimaña. La propia situación desesperada animaba más aquel rencor mutuo de ladrones. En silencio, a corta distancia uno de otro, apercibidas las armas de ataque, se acechaban.

Iba cesando el viento, hasta quedar poco a poco en calma el monte, sin otro ruido que el propio rumor nocturno de los bosques. Y como les pareciese oír el trote de una caballería, ambos salieron a la vereda.

—¡Alto!—gritaron, echándose a la cara las escopetas.

Agustín, temblando, refrenó su cabalgadura.

—¡Virgen Santísima, ellos son!—dijo, castañeteándole los dientes.

Los bandidos se acercaron.

—¡Apéate.

—¡Por Dios! ¿Qué queréis de mí?—gimió Agustín—. ¿No me conoces, Bastianillo?

—¡Anda, si es Agustín!... ¿Ande vas a estas horas?

—A Portilla. Me han avisado de que mi padre se está muriendo.

—¡Tu padre!—exclamó Bastianillo con sorpresa.

—Bueno; tú te vienes ahora con nosotros—dijo Merlo.

—¿Qué vais a hacer conmigo? No llevo na encima. Dejadme que vea a mi padre y yo traeré mañana, aquí mismo, lo que me pidáis.

—No estamos pa bromas—contestó Merlo con formalidad—. ¡Tardaría en saberse! Bastian, atale las manos.

Agustín gemía, jurando no delatarles. Que se quedaran con la mula y que le dejaran en cueros, si querían; pero ¡su padre! quería verlo por última vez.

—Acuérdate, Bastianillo. Tú le conoces. Era muy amigo del tuyo, que en paz descanse. ¡Bastianillo, tú no eres malo!

—¡Acuérdate!

Merlo, muy en serio, comenzó a impacientarse. El bandido joven dijo a su compañero con energía:

—Agustín es amigo y cumplirá. Vamos a dejarle que vea a su padre. Mañana a estas horas estará aquí con dos caballerías, municiones, dinero y avíos de comer.

Merlo protestó; pero entonces el joven ladrón le puso los cañones de su pistola en la frente. —Ahora te lo digo yo.

si chistas, te mato. Anda con Dios, Agustín. Tu padre y el mío eran amigos... Anda con Dios...

Media hora más tarde Agustín llegaba a Portilla. El pobre viejo había muerto. La casa estaba llena de gente: mujeres llorando y hombres silenciosos, con la cabeza caída sobre el pecho, que decían sentenciosamente: —¡Pobre hombre! ¡No somos nada! — Agustín calló el encuentro con los bandidos. Arrodillóse junto al muerto y rezó un Padrenuestro. Pasaban las horas, lentas y tristes, de la madrugada. Los hombres hablaban del tiempo y de las cosechas, velando el caer. De pronto, uno de ellos entró en el velatorio y dijo:

—¿Has venido por el atajo, Agustín?
—Sí.
—¿No has tenido novedad?
—Ninguna, tío Tonio.
—Es que dicen que se han oído tiros por el lao del pinar. Serán esos...

Agustín tuvo un presentimiento. Luego, disimuladamente, abandonó la estancia y bajó a las cuerdas, abriendo las anchas puertas, que daban a una calleja estrecha. Bastianillo estaba allí.

—No sabía cómo llamarte—dijo el ladrón, acercándose.

—Me ha dao el corazón que estabas... Pide lo que quieras.

—Escóndeme en la cuadra.

—Van.

Cerrada la puerta, el criminal dijo:

—Acabo de matar a Merlo. Nos odiábamos hace tiempo. Era un mal ladrón.

Cuando me has mentao a mi padre he pensao en hacer lo que he hecho. Merlo fué quien me hizo malo. Yo..., no es que sea un santo, pero..., vamos..., que me has dicho que mi padre y el tuyo eran amigos, como es verdad, y entonces, después de un año, cuando me parecía mentira lo que había hecho, se me ha presentao tal como pasó... Merlo tuvo la culpa. ¿No he hecho bien?

—Sí—dijo Agustín en voz baja—. Píde lo que quieras.

—Tengo que escapar antes que amanezca. Dame un caballo y unas alforjas con avíos. Dame también otra ropa.

Agustín satisfizo en seguida los deseos de Bastianillo y le dejó partir.

Al poco rato, reunido con los del velatorio, díjole uno de los hombres:

—¿Habéis oído? Ahora mismo partía un caballo al galope por la trocha del barrancal. ¿No habéis oído?

—No sé—murmuró uno, somnoliento.

—Yo—dijo Agustín—vengo de la cuadra y no he oído nada. Serán figuraciones tuyas.

Roberto MOLINA

LECTURAS

Acabamos de recibir de la acreditada librería Parera un tomo de la nueva y hermosa obra del sabio doctor Marden, titulada *La mujer y el hogar*. Con esta son trece las obras publicadas y traducidas al español de este autor.

En sus páginas se discuten con estricta imparcialidad los problemas capitales del feminismo: las reformas que hoy demanda la educación de la mujer y las cuestiones relativas al noviazgo, matrimonio y a los deberes de la maternidad, entre los cuales sobresale, por más sagrado, la educación de los hijos.

x

Ha aparecido el primer número del semanario *Esquemas*, dirigido por Xavier Bóveda, que publicará una novela corta e inédita de los más jóvenes escritores, y poesías de los poetas más nuevos.

x

Se ha puesto a la venta un libro muy interesante, y admirablemente editado, que lleva por título *Vida de Enrique Rodríguez* (historia contemporánea), original de D. Adolfo de Guíjar.

(x)

La Biblioteca Hispania ha publicado recientemente *Función de gala*, del festivo escritor Joaquín Belda.

x

La Editorial Calpe ha publicado en su linda sección de «Los poetas» tres nuevos e interesantes volúmenes: *Del toque de alba al de oración*, de Francis Jammes, muy bien traducido por Díez Canedo; *Tierra prohibida*, de Teixeira de Pascoas, traducida por Valentín de Pedro, y *El Cristo de Velázquez*, por D. Miguel de Unamuno.

Son tres joyas literarias, de sabor exquisito y esmeradísima forma, que no han

de faltar en la biblioteca de ninguna persona de gusto. La parte material de la edición corresponde en galanura y esmero al mérito de las tres obras.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.



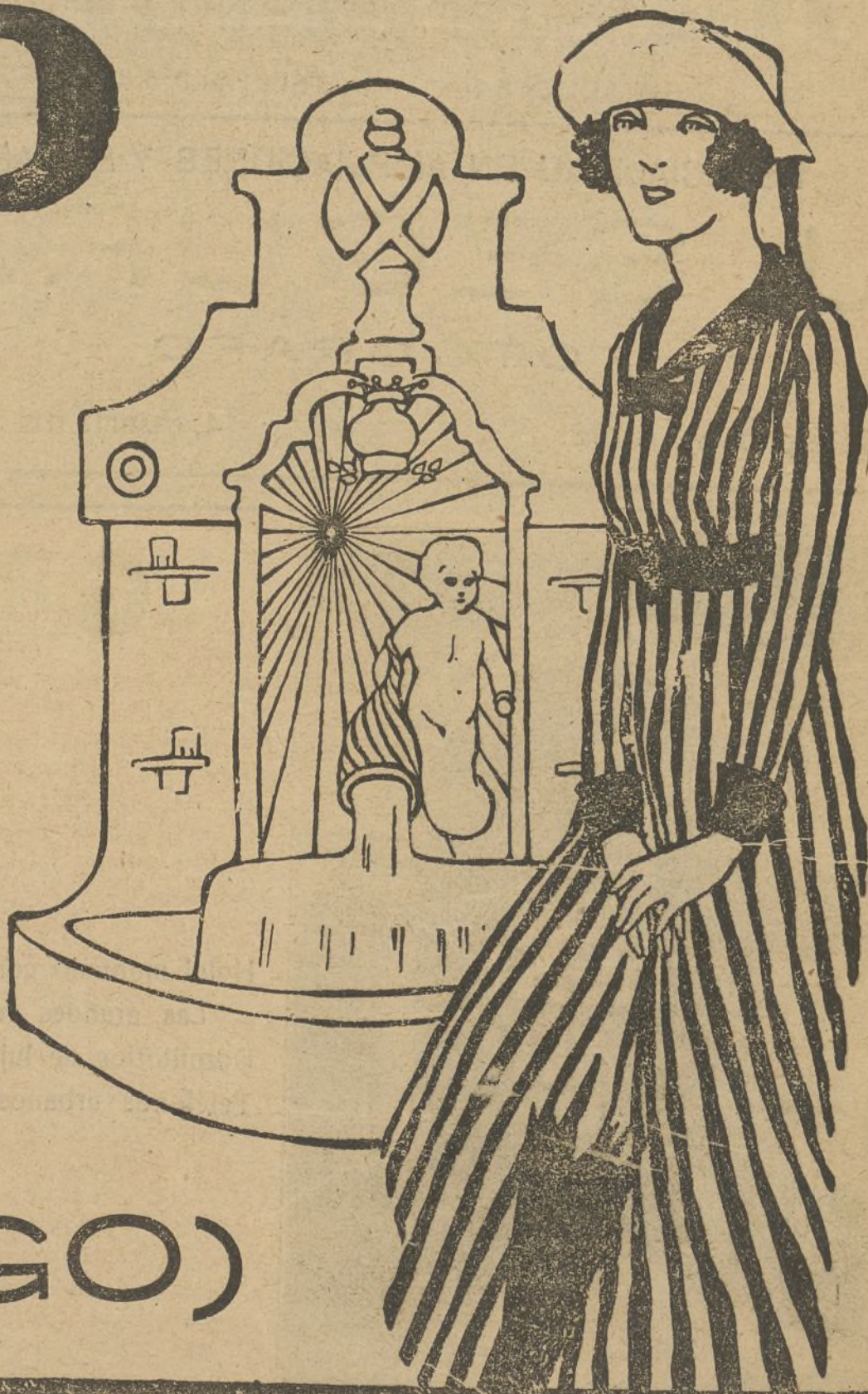
=GOTAS=
NEUROSTÉNICAS
FOSFORADAS
—GENOVÉ—
ALIMENTO DEL CEREBRO
VALIOSO TÓNICO DE LOS NERVIOS
MEDICAMENTO DE ACCIÓN RÁPIDA
Y EFICAZ EN LA NEURASTENIA,
ESTADOS MELANCOLICOS,
JAQUECAS, AFECCIONES
NERVIOSAS, IMPOTENCIA ETC.
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS.

AGUAS DEL INCIO

análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso

Bóveda (LUGO)



A. E. G. Ibérica de Electricidad. S. A.

Dirección-Madrid: Nicolás María Rivero, 8 y 10.
 Sucursales: Madrid. — Barcelona.
 Bilbao. — Gijón. — Sevilla. — Valencia.
 ——— Zaragoza. ———

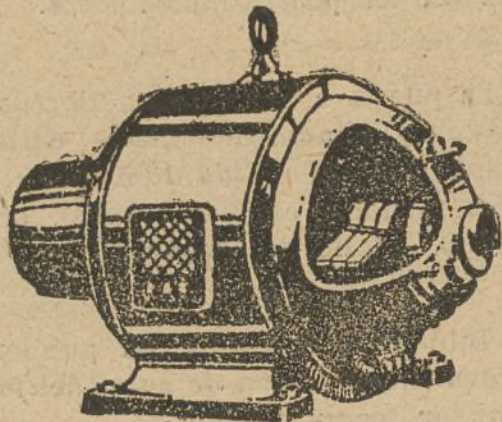


Grandes existencias recibidas
 recientemente de Alemania en

ELECTRO-MOTORES

de corriente continua
 y alterna trifásica.

SUMINISTRO INMEDIATO



¡EUREKA!!

siempre será el mejor calzado

11-NICOLÁS MARÍA RIVERO-11

GRAFICO-HISPANO

FOTOGRAFADO

ARTE GALILEO 34 TELÉFONO 1.859 EDITH

ESPECIALIDAD EN AMPLIACIONES Y BODAS

J. SEGURA

FOTÓGRAFO

Teléfono M. 4.152.

4, Puerta del Sol, 4.

CALLOS

Si sufre usted de los pies
 es porque quiere. Compre
 hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-
 ted libre de callos y du-
 rezas, juanetes y ojos de
 gallo. Pruébalo y quedará
 asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 pts.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ De venta en farmacias



FUENCARRAL 6. MADRID.

FOTOGRAFO

TOLEDO 63. MADRID.

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.
 Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.
 Dormitorios de lujo inusitado.—Brasserie en el Hotel.—Orquesta en el espléndido Hall.—Salas de baño.
 Teléfonos urbanos e interurbanos.—Salas de lectura.—Biblioteca.—Cocina de primer orden.—Servicio
 completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.



Entrada principal del Hotel de París

Ayuntamiento de Madrid